

CAPÍTULO XXVI

Continúa Cortés su marcha.—Se presentan á él los otros dos mensajeros cempoaltecas que envió al senado.—Batalla de Teoatzinco.—Cortés forma, después de ella, su cuartel general en el cerro de Tzompach.

Al brillar la primera luz de la mañana del 2 de Setiembre, el ejército se hallaba dispuesto para partir.

Valiente, á la vez que religioso, preparó sus armas, y «después de habernos encomendado á Dios», dice Bernal Diaz, emprendió su marcha, guardándose constantemente el orden de batalla. Una descubierta de caballería iba á larga distancia del cuerpo de ejército español, y una fuerza auxiliar de cerca de tres mil indios, compuesta de cempoaltecas y de las guarniciones mejicanas del tránsito, formaba la retaguardia.

Los soldados marchaban repitiéndose unos á otros las

instrucciones que Cortés les habia dado respecto del órden que debian observar en el combate, para no ser destrozados por los numerosos ejércitos que sin duda encontrarían. Entendido y observador, les recomendó que no se apartase nadie de sus compañeros, por motivo ninguno; que caminasen unidos y preparados para el combate, como si realmente se hallasen en él; que en el ardor de la pelea conservasen la formacion, y que nunca descargasen á la vez sus armas de fuego, sino alternativamente y cuando el compañero hubiese cargado. La caballería dispuso que marchase de tres en tres, como el medio mejor de que se auxiliasen mutuamente; y para evitar que los indios pudiesen echar mano de las lanzas, como lo habian hecho el dia anterior, les encargó que acometiesen á media rienda, entrando y saliendo por en medio de las filas enemigas, llevando las lanzas con direccion al rostro de los contrarios. Respecto á la energía y valor que debian desplegar, nada tuvo que pedir. En todos habia visto brillar de una manera palpitante ambas cualidades, y hubiera sido ofenderles, recomendarles la decision y el arrojo en las batallas. «Ya bien he entendido—les dijo—que en el pelear no tenemos necesidad de avisos, porque he conocido que por bien que yo lo quiera decir, lo hareis muy mas animosamente». Este elogio del general produjo en el corazon de sus soldados un vivo entusiasmo, mezclado de satisfaccion, que no lo hubiera alcanzado con la mas elocuente proclama.

El ejército, caminando con las precauciones referidas, por en medio de campos cultivados que á uno y otro lado se extendian, ostentando los ricos frutos de la naturaleza,

llegó á las inmediaciones de dos montes, entre los cuales se descubrian imponentes barrancas. Un pueblecillo, casi escondido entre elevados y verdes magueyales, se encontraba en aquel solitario sitio. Al llegar á él se presentaron á Cortés, cubiertos de sudor y fatigados, los otros dos mensajeros cempoaltecas que habia enviado con la embajada al senado. Refirieron, vertiendo llanto, la perfidia cometida por los tlaxcaltecas, los cuales, faltando al sagrado derecho de gentes, les habian aprisionado con intento de sacrificarles, habiéndose salvado de la muerte por haber logrado huir de la prision en que les tenian encerrados.

Los mensajeros cempoaltecas exageraron su peligro al decir que les habian destinado á sufrir el sacrificio. La relacion de ellos, aunque haya sido admitida como una verdad por ilustrados historiadores, no lo es realmente. La política doble del senado, era precisamente la que garantizaba la vida de los enviados cempoaltecas. Si les hubiera sacrificado, no podia alegar inocencia en el ataque dado por sus ejércitos, pues la sangre de los mensajeros hubiera argüido culpabilidad. Nunca, por otra parte, se habia dado el caso de que los tlaxcaltecas hubiesen faltado á las consideraciones debidas á los embajadores, que las juzgaban sagradas. La aseveracion de los cempoaltecas, además de estar en pugna con la política que en aquel asunto se habian propuesto seguir, y con la conducta respetuosa que siempre observaron con los embajadores, se resiente notablemente de inverosimilitud. No era fácil que unos personajes destinados al sacrificio, encerrados en estrechas prisiones y custodiados por numerosas guar-

dias, rompiesen sus ligaduras y lograsen escaparse sin ser vistos de nadie, cruzando el país sin ser perseguidos en su fuga. Que lo refirieron no puede dudarse, pues lo aseguran Cortés y Bernal Diaz (1); pero debemos creer que lo hicieron dominados por un error. Acaso, al verse detenidos y rotas las hostilidades, creyeron que se les sacrificaría, y contaron como un hecho lo que solo era una presuncion. La facilidad con que se presentaron en el campo español, prueba que no estaban vigilados ni en incómoda prision.

Casi en los momentos en que los mensajeros acabaron de referir el triste resultado de su embajada, se dejaron ver, á corta distancia, dos escuadrones de guerreros tlaxcaltecas que componian una fuerza de seis mil hombres (2). Su primer saludo fué lanzar una lluvia de flechas sobre el ejército español, en medio de espantosos alaridos y del horrisono estruendo producido por sus trompetas, caracoles y tamboriles de guerra. Los españoles sufrieron la carga sin disparar un tiro, acatando las ór-

(1) «Y llegando á un pueblo pequeñuelo, vinieron los otros dos mensajeros llorando, diciendo que los habian atado para los matar, y que ellos habian escapado aquella noche.»—Cortés. Segunda carta á Carlos V.

(2) «Dos escuadrones, que habria seis mil.»—Bernal Diaz.

El señor Prescott y algunos otros historiadores, ponen el número de mil; pero debemos dar mayor crédito al testigo ocular que á ningun otro. Hay otra razon además para creer que fueron seis mil; y es que formando entre los indios aliados y los españoles una columna de tres mil quinientos hombres, hubiera sido imposible que solo mil, hubieran hecho frente por bastante tiempo, como lo hicieron. «Comenzamos á nos defender—dice Cortés—como podiamos,» lo cual induce á creer que la cifra indicada por Bernal Diaz no es exagerada. Hernan Cortés, sin determinar el número, dice: «Mucha cantidad de indios muy armados.»

denes de su general. Los tlaxcaltecas continuaron despidiendo sus flechas, blandiendo sus armas y provocando á la lucha á sus contrarios. Cortés continuó avanzando en la misma actitud de paz, con intencion de hablarles. Al encontrarse á distancia de poder ser oido fácilmente, les requirió, por medio de sus intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, á la paz y á la amistad, haciendo que estuviese presente el escribano Godoy, á fin de que constase en toda forma su requerimiento. La contestacion fué mover sus macanas y sus lanzas en señal de desafío, y descargar millares de saetas que salieron silbando de sus arcos.

Cumplido con el deber de brindarles con la paz, para que constase que la sangre que se vertiera no era por voluntad de los españoles, Cortés esperó otro instante para ver si dejaban su actitud hostil. Pero era inútil su esperar. Los guerreros tlaxcaltecas, lejos de mostrarse dispuestos á entrar en convenios, acosaban reciamente por el frente y los flancos, hiriendo con sus certeras flechas á los soldados castellanos. Cortés, exaltado por la osadía de sus contrarios, exclamó con voz atronadora: «Santiago y á ellos», que era el grito de guerra de los españoles. Los castellanos acometieron entonces con indecible furia, disparando sus arcabuces y ballestas. Los tlaxcaltecas, viendo muertos á tres de sus capitanes y heridos á gran número de sus mejores soldados, emprendieron la retirada, pero en orden, retrayéndose hácia un pedregoso terreno, cubierto de nopales, que les prestaba una fuerte defensa contra la caballería. Los españoles seguian el alcance con calor, pero en orden, sin salir de la formacion. El

camino se presentaba cada vez mas quebrado, y los tlaxcaltecas se detenian á disparar sus flechas, volviendo á continuar su retirada. Así fueron atrayendo sagazmente á los castellanos hasta unas barrancas en que la artillería ni los jinetes podian causar daño, disparando desde las alturas una lluvia de piedras y de flechas. Los españoles trataron de pasar pronto aquel estrecho desfiladero, y apresuraron el paso, pero sin romper la union. Cuando se lisonjeaban de haber salido del peligro, se encontraron con un ejército de mas de cuarenta mil hombres, que estaba de celada, y á cuyo frente se hallaba el intrépido joven Jicotencatl (1). El sitio elegido para la batalla se llamaba Teoatzinco; esto es, lugar del agua divina. El encuentro inesperado de aquellos numerosos batallones que se movian como las tremendas olas del ancho Océano, hubiera sido bastante para helar de miedo la sangre de los hombres mas avezados al peligro. Pero en nada hizo desmayar el varonil corazon de Cortés y de sus atrevidos capitanes y soldados.

Todo lo que pertenece á la campaña con los tlaxcaltecas parece una leyenda de caballerías, donde la realidad ha excedido los límites de lo verosímil, y donde la historia

(1) Hernan Cortés dice que eran mas de cien mil hombres: «Y así nos llevaron peleando hasta nos meter entre mas de cien mil hombres de pelea.»—Segunda carta á Carlos V. Gómara pone que eran ochenta mil, cifra igual á la que trae *Ixtlixochitl*. Pero Bernal Diaz del Castillo pone que eran «sobre mas de cuarenta mil guerreros:» y creo que se debe aceptar la cifra menor, porque no guardando los ejércitos indios la formacion que los europeos, aparentaban siempre mayor número que el que realmente tenian.

toma todo el aspecto y colorido de la mas brillante y maravillosa epopeya.

La vista que presentaban los guerreros escuadrones indios que se extendian por toda la llanura y ocupaban los desfiladeros de las montañas, era imponente á la vez que poética. Ricos penachos de brillantes plumas; yelmos figurando cabezas de serpientes, de tigres y de mónstruos; bellos estandartes semejantes al signum de los romanos, en que se ostentaban las armas del estado, hechas de oro ó de plumas; banderolas y cotas relucientes se movian blandamente, brillando sus vivísimos colores con los dorados rayos del sol que los bañaba. Se destacaban entre las insignias de los estandartes, las cuatro que representaban los cuatro señoríos de que se formaba la república. Un pájaro verde sobre una peña distinguia al uno; al otro una garza blanca sobre un elevado peñasco; un lobo feroz teniendo entre sus garras algunas flechas, representaba al tercero, y un quitasol de plumas verdes eran las armas del cuarto (1). La bandera nacional, la perteneciente á la república, ostentaba un águila con las alas extendidas, que la llevaba uno de los principales jefes del ejército.

En medio de los vistosos colores de los diversos escuadrones que ocupaban la campiña entera, se marcaba el estandarte particular de la casa de Jicotencatl, de rojo y blanco (2). Todos los capitanes que á su lado tenia, lle-

(1) Los señoríos se llamaban, siguiendo el orden de las insignias expresadas, Ocoletolco, Tizatlan, Tepeticpac y Quiahuiztilan.

(2) «Con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga.»—Bernal Diaz.

vaban los mismos colores que la insignia, y los soldados ostentaban en sus desnudos cuerpos la pintura que distinguía las armas de su general.

Al ver á los españoles conducidos al terreno que el valiente Jicotencatl se habia propuesto para que ninguno de ellos pudiera salvarse, prorrumpieron los escuadrones tlaxcaltecas en alaridos espantosos de guerra, acompañados del tremendo sonido de los destemplados instrumentos bélicos, en que se hacian notables los terríficos tambores que se escuchaban desde largas distancias (1). Á los imponentes sonidos de las trompetas y de los caracoles, capaces de llenar de espanto al corazon mas resuelto, acompañó una descarga de flechas, saetas y piedras, que causó algunos daños en el corto ejército que caminaba con dificultad por entre quebradas y pedregales sin poder hacer uso de los caballos. Jicotencatl lanzó entonces sus batallones sobre los castellanos, amenazando ahogarlos con su peso. El peligro en que en aquel instante se encontró la fatigada tropa de Cortés, fué inminente (2). Las flechas, las lanzas y las formidables macanas estaban en continuo movimiento, como estaban las piedras, lanzadas con las hondas, que caian sobre los expedicionarios como tupido granizo (3). Pero nada intimidaba á aquel puñado

(1) Se llamaba este tambor teponaztle, el cual se usa aun entre los indios. Era un trozo de madera concavado y de una pieza, que se oia á mas de media legua de distancia.

(2) «Tuvimos muy gran peligro.»—Bernal Diaz.

(3) «Porque se aprovechaban de su buen flechar,—dice Bernal Diaz—y con sus lanzas y montantes nos hacian mala obra, y aun las hondas y piedras como granizo eran harto malas.»

de valientes españoles, que parecian crecer con el peligro. La fé en Dios les prestaba un esfuerzo sobrehumano, y el deseo de gloria les hacia ver la muerte como la honrosa conquista de su eterno renombre.

Luchando sin cesar y abriéndose paso con las espadas, arcabuces y ballestas entre la multitud de guerreros que les oprimia, consiguieron al fin llegar á la llanura. El pequeño ejército respiró entonces. Allí, al menos, podian obrar los jinetes y la artillería. Hernan Cortés, siempre el primero en los peligros, y que «lo hacia como buen capitán—dice Bernal Diaz—como siempre lo fué», se puso á la cabeza de la caballería, que, dividida en grupos de tres jinetes cada uno, acometia por distintos puntos, llevando las lanzas con direccion al rostro, para que no se afanzasen de ellas los guerreros indios. La caballería, lo mismo que la artillería, comenzó á producir grandes estragos en las filas tlaxcaltecas, logrando de esta manera avanzar un poco, pero sin que nadie se atreviese á separarse de sus compañeros ni á perseguir á nadie, pues en el instante en que se apartaba se veia en peligro de ser destrozado ó caer prisionero (1).

El jóven Jicotencatl, que combatia con notable denuedo alentando con su voz y con su ejemplo á sus soldados, hizo otro movimiento, aunque muy ligero, de retraccion, con el fin de atraer mas y mas á los soldados españoles hácia el sitio que anhelaba. Su objeto era ocuparles el es-

(1) «Mas no osábamos, dice Bernal Diaz, deshacer nuestro escuadron, porque el soldado que en algo se desmandaba para seguir algunos indios de los montantes ó capitanes, luego era herido y corria gran peligro.»

trecho camino por donde acababan de pasar, para cortarles la retirada. Si lo conseguía, no dudaba hacer á todos prisioneros, y conduciéndoles á la ciudad de Tlaxcala, donde sería recibido en triunfo, sacrificarles á sus sangrientas deidades.

Los españoles, halagados por la ventaja que habían creído alcanzar, avanzaron en buen orden. Jicotencatl, viendo cumplido su primer deseo, hizo una señal á sus capitanes, y extendiéndose el numeroso ejército tlaxcalteca con velocidad indecible por todas partes, formó un terrible círculo en que se vieron encerrados los cuatrocientos castellanos. Las montañas, los desfiladeros, los caminos y el valle, todo se veía cubierto de escuadrones indios. La fuerza española aparecía como un punto imperceptible en medio de un vasto océano de gente que se disponía á precipitarse sobre él, para hacerle desaparecer instantáneamente.

El círculo fué estrechando las distancias, para oprimir con sus armas á aquel puñado de castellanos que esperaban unidos y serenos á sus contrarios. Los tlaxcaltecas acometieron con indecible furia, cargando sobre sus adversarios, que se vieron por un momento expuestos á ser desbaratados por la muchedumbre, sin poder valerse de sus armas, y manteniéndose con dificultad unidos, para no verse atropellados y deshechos (1). La artillería, descargando sus balas de piedra sobre la multitud, causaba

(1) «Que no nos podíamos valer poco ni mucho; que no osábamos arremeter á ellos sino era todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen.»
—Bernal Diaz del Castillo.

bastantes estragos; pero los heridos y muertos eran retirados inmediatamente del campo por numerosas compañías de ambulancia que tenían para que no se conociesen sus pérdidas, y los claros de las filas volvían á cerrarse con nuevos guerreros que acudían al combate.

Hernán Cortés, al frente de su pequeño escuadrón de caballería, procuraba abrir paso á la infantería, arremetiendo, á media rienda, á los batallones que más la acosaban. Los tlaxcaltecas trataban de hacer frente á los briosos corceles; pero no pudiendo echar mano á la lanza de los jinetes porque las dirigían al rostro, se veían atropellados por la fuerza de los fogosos animales. Sin embargo, comprendiendo que si desbarataban á los jinetes privaban á sus contrarios de un auxilio poderoso, acechaban cuidadosos la ocasión de lanzarse sobre ellos. Esta se presentó en uno de los instantes más comprometidos de la lucha. Uno de los grupos de caballería que de tres en tres acometían, favoreciéndose mutuamente, penetró en medio de numerosas fuerzas enemigas, atropellando á centenares de guerreros, volviendo á salir causando iguales estragos. Ciego con el ardor de la pelea y dejándose llevar de su espíritu belicoso, se apartó de sus compañeros Pedro Morón, uno de los mejores jinetes del ejército, que montaba una yegua de gran fuerza y soltura, perteneciente á Juan Sedeño, bravo soldado que había quedado herido en la batalla del día anterior. Al verle solo, se lanzaron sobre él varios capitanes tlaxcaltecas con su gente, cerrándole el paso. Morón derribó á tres ó cuatro; pero no pudiendo sacar prontamente la lanza del último á quien había herido, se asieron á ella, y descargando sus macanas, le